

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I.
FRAILE

La Palabra narrada

3. Los hitos de un pueblo: Éxodo y Exilio.

El creyente bíblico es consciente de que la historia se escribe a dos bandas. Por una parte está Dios que llama por el nombre y por otra está cada persona que abre el corazón o que, desde su libertad, hace oídos sordos. La Biblia no es la «historia de los rectos, impecables y buenos»: Moisés duda de Dios; Jeremías grita su desgracia y maldice el día de su nacimiento; David cede al deseo y llega al asesinato.

Pero la Biblia no es sólo la suma de historias individuales, sino el recorrido de un pueblo con su Dios. Israel sabe que Dios ha hecho Alianza con él. En este sentido es fundamental que nos centremos en dos momentos fundamentales para el pueblo de Israel, el Éxodo y el Exilio. Son distintos y complementarios. En ambos casos el pueblo está en la esclavitud; en ambos casos gritan a Yahveh, Dios de la libertad; en ambos casos hay una marcha dolorosa no siempre bien comprendida ni compartida por todos. En ambos casos hay un destino, la Tierra prometida en el éxodo, Jerusalén en el exilio.

Yahveh es un Dios cercano, que sufre con su pueblo. Es un Dios que lo saca de la esclavitud...

1. El éxodo, acontecimiento fundante de un pueblo libre

La crítica histórico-literaria de los textos bíblicos se ha ocupado durante años del éxodo. El relato bíblico ha sido sometido a minuciosos análisis. Hemos pasado de una lectura que tomaba al pie de la letra cada uno de los hechos narrados, del recorrido seguido por el pueblo, de las pruebas de Dios, de la materialidad de las tablas de la Ley, a una lectura crítica. Los resultados son sorprendentes y aleccionadores. Lejos de conducirnos a un escepticismo radical, la ciencia bíblica nos ayuda a adentrarnos en el núcleo central de la fe israelita: Yahveh es un Dios cercano, que sufre con su pueblo. Es un Dios que lo saca de la esclavitud. Toma la iniciativa y establece una alianza con él porque toma en serio la libertad y la responsabilidad humana. Dios da a su pueblo una Ley, no para someterlo, sino para que viva en justicia tanto entre sus miembros como con sus vecinos.

Historia, geografía, teología

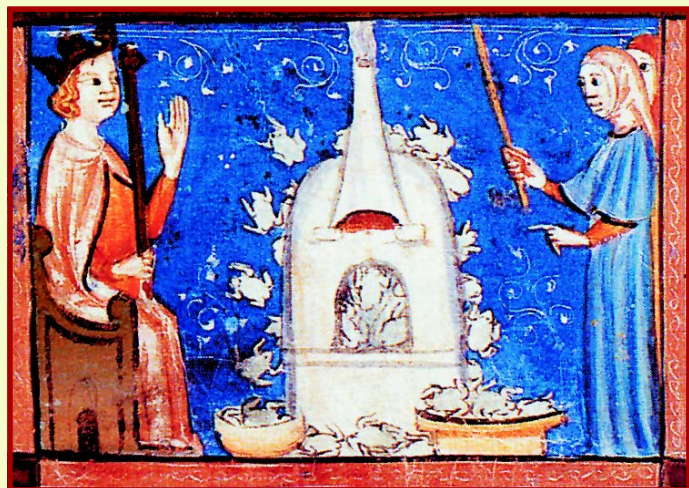
En el relato bíblico se funde la historia, la geografía y la teología. Querer recuperar el «recorrido exacto» de las tribus de Israel por el desierto del Sinaí se ha demostrado, una y mil veces, un reto infructuoso. Probablemente porque es un mal planteamiento. El autor del Éxodo no estaba preocupado por describir minuciosamente las etapas que siguió el pueblo. Lo importante es el éxodo como experiencia profunda que marcó al pueblo: las llamadas de Dios y

las resistencias de Israel; la alianza y el pecado; las pruebas y la maduración. La geografía está al servicio del mensaje teológico, si bien la teología narrativa necesita de un marco histórico y geográfico.

Siguiendo el texto bíblico, se entremezclan hasta cuatro itinerarios distintos, cada uno con sus ventajas y sus dificultades. Si nos atenemos a la rapidez y brevedad del recorrido, los israelitas deberían haber seguido la ruta del mar, siguiendo la conocida como «via maris», pero estaba llena de controles militares egipcios. A su favor está el episodio de las codornices (Éx 16,13), ya que se sabe que llegan extenuadas al continente africano tras pasar el mar. A favor de la rapidez y brevedad está también la ruta que cruza directamente desde el delta al oasis de Qadesh Barnea, pero se nos queda lejos de la ruta el monte Sinaí. La más conocida, la que nos lleva al Sinaí al sur de la península, se adentra en los peligros del desierto; consiguientemente la menos «lógica» para un pueblo que, según la Biblia, huye con niños, ancianos, animales... Los distintos puntos geográficos se pueden localizar hoy, pero es prácticamente imposible trazar una ruta que, teniendo en cuenta todas las referencias geográficas de la Biblia, siga un recorrido coherente. Ahora bien, si consideramos el texto como una narración histórica con finalidad religioso-teológica, la geografía pasa a un segundo plano. Lo que le importaba al autor del Éxodo era narrar la intervención salvadora de Dios en la travesía del desierto, lugar de encuentro y de prueba; travesía entrelazada de continuos reveses de su pueblo, que no terminaba de fiarse de Él.

El monte Santo donde tiene lugar la alianza presenta igualmente problemas propios. La mayor parte de las veces se conoce como Sinaí: «El Señor bajó a la cima del monte Sinaí, llamó a Moisés a la cima, y Moisés subió» (Éx 19,20). Pero en otras ocasiones el monte santo se designa como Horeb: «Recuerda el día que estabas en presencia del Señor, tu Dios, en el Horeb, cuando el Señor me dijo: Reúne al pueblo en torno mío para que yo le haga oír mis palabras» (Dt 4,10). Por lo general se sitúa al sur de la península, en un macizo rocoso con dos cimas, el Yebel Serval y el Yebel Musa

La invasión de las ranas. Miniatura del s. XV. Sarajevo, Museo Nacional.



Los caminos del éxodo



(=Moisés); pero también algunos proponen situarlo junto al oasis de Cades Barne. No falta quien lo coloque en Madián, lugar de la patria de Jetró, el suegro de Moisés: «*Moisés era el pastor del ganado de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Llevó el ganado más allá del desierto y llegó al monte de Dios, el Horeb*» (Éx 3,1). A su vez este sería el lugar que presupone el apóstol san Pablo en Gálatas 4,25. ¿Se trata del mismo monte? ¿Tenemos el resto de dos tradiciones distintas que, sin embargo, con el paso de los años se han fundido en una? No es fácil de dar una solución satisfactoria. Que sean textos teológicos no quiere decir que contengan datos inven-

tados o tomados al azar. El Éxodo narra los orígenes de un pueblo histórico, de Israel, que apela continuamente a su pasado. Sin duda que si seguimos de forma crítica el hilo de la narración podemos obtener nombres de lugares, de pueblos, de antiguas hazañas, de costumbres antiquísimas.

- A finales del segundo milenio antes de Cristo, numerosos grupos de semitas entraban en Egipto buscando alimento o agua movidos por las terribles sequías y las consiguientes hambrunas. Normalmente entraban y salían del país, pero algunos permanecían bien al servicio de los nuevos señores, bien pagando como esclavos.

Mapa:
Los caminos del éxodo.



«De madrugada, miró el Señor desde la columna de fuego y de nubes, y desbarató al ejército egipcio» (Marc Chagall).

- Otras veces eran grupos armados los que intentaban entrar en Egipto. Sabemos de un pueblo semita llamado «Hyksos» (*Reyes pastores*) que llegaron incluso a gobernar Egipto durante varias generaciones hasta que fueron expulsados (s. XV a.C.)

- La Biblia nos habla de un grupo de «semitas» –todavía no hablamos de Israel– que trabajan como esclavos en la construcción de grandes edificios en la época del faraón Ramsés II (c. 1250 a.C.). Este faraón construyó grandes ciudades y graneros. Algunas tribus semitas lograron alcanzar la libertad. La fe en su Dios

Las consonantes del nombre divino en caracteres hebraicos antiguos y el famoso «tetragramma» comenzando su uso en el s. IV a.C.



que les guía y les protege es un elemento fundamental: Dios ha escuchado sus gritos y ha decidido intervenir para liberarlos.

- Son guiados por Moisés. Su figura alcanza el rango de «profeta», «mediador», «legislador», «fundador» de un pueblo libre.

- El paso del mar Rojo se convierte en el hecho magnífico a recordar y celebrar. No es una escaramuza militar sin más, sino el «acontecimiento fundante» del nuevo pueblo, referencia para las generaciones venideras.

- Esta experiencia del Éxodo no la tuvieron todas las tribus. Probablemente es propia de la «Casa de José», formada por sus hijos Efraín y Manasés (Gén 41,51) y su hermano menor Benjamín. Son las tribus que se establecerán al norte de la montaña palestina mientras que Judá queda al sur (Jos 18,5). Josué, jefe político militar de estas tribus propone la nueva fe a otros clanes semitas emparentados, que a su vez aceptan como propia: «Josué dijo: *elegid a quién queréis servir... Yo y mi Casa serviremos a Yahveh... El pueblo respondió: lejos de abandonar a Yahveh. Yahveh es nuestro Dios. Él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto a nosotros y a nuestros padres.*» (Jos 24,14-17).

Una historia de salvación

Más allá de los datos que podemos coleccionar por la historia antigua, Israel ha interpretado desde la fe unos hechos históricos. El pueblo liberado es elevado a la categoría de propiedad de Dios, con el que establece su alianza.

En el Sinaí Yahveh hace de aquellas tribus pobres y sin tierra un «pueblo de su propiedad»: «*Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*» (Lev 26,12; Jer 30,22). El «pueblo de la Alianza» se sabe libre de la esclavitud a la vez que perteneciente a Yahveh. La Ley no es carga, sino don precioso que le garantizará no volver a caer en la esclavitud, siempre que la observe.

En el Sinaí Yahveh se les va a revelar como el «Dios que no se puede nombrar» para que no lo manipulen, como pasa con los ídolos: *Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy. Así responderás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros»* (Éx 3,14). Yahveh se va a revelar como el «Dios celoso» que no soporta que

su pueblo vaya tras ídolos de muerte: «No te postrarás ante ellas ni les darás culto, pues yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso» (Ex 5,9)

Yhwh – Adonai – Señor

Dios no es uno más de los dioscecillos a los que adoran los pueblos vecinos. El Dios de los padres, el que llamó a Abrahám, el que luchó con Jacob, el que les ha liberado de Egipto se les comunica en el Sinaí con el nombre de «YHWH». Es el famoso «tetra-gramma» (cuatro letras sagradas) en las que Dios se revela y se oculta a la vez. Dios dice quién es en sus obras liberadoras, pero no les da un nombre que puedan usar, dominar, manipular.

La tradición hebrea siempre ha escrito YHWH pero ha leído «Adonai», esto es, «el Señor». Israel se sabe «pueblo propiedad del Señor»; «elegido por el Señor a pesar de ser un pueblo insignificante»; «amado por el Señor». Los jefes del pueblo serán «hombres del Señor» y las guerras que defiendan al pueblo de los enemigos serán «guerras del Señor». Este sentimiento fuertemente carismático y teocrático sufrirá un fuerte revés con el inicio de la monarquía. Aunque David y sus sucesores intentaron hacer de Israel un pueblo moderno como los pueblos vecinos, el recuerdo del Éxodo y de su condición de pueblo exclusivo del Señor permanecerá en la memoria colectiva.

2. El exilio, el pueblo relee su historia desde la fe

Si el Éxodo es el acontecimiento que recuerda a Israel su carácter de pueblo de la alianza, liberado por Yahveh a la vez que propiedad suya, el exilio constituye el nacimiento de un pueblo distinto que volverá de la experiencia traumática del exilio: su profunda crisis a la vez que las nuevas soluciones, darán lugar a lo que conocemos como «judaísmo».

El pueblo olvida el desierto

La posesión de la tierra y la implantación de las tribus trajo consigo cambios muy importantes en la sociedad israelita. Uno de ellos fue, sin duda, el salto de la organización tribal a la monarquía. La institución monárquica cortó con los

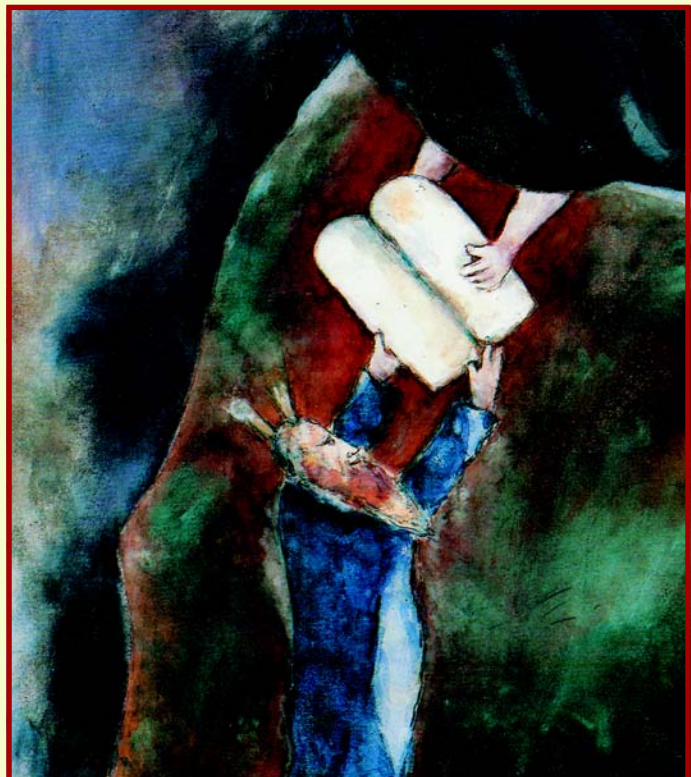
inicios carismáticos del pueblo de la alianza para imitar la organización y concepción de los pueblos vecinos. A la muerte de Salomón, el reino del norte avisa a Roboám que no piensa soportar más los impuestos y trabajos forzosos a los que les había sometido el rey sabio (1 Re 12). La pretendida unidad de las tribus era ficticia, sólo duró setenta y cinco años, o, si se quiere, tres reyes: Saúl, David, Salomón. En ambos reinos surgen los estamentos sociales y sus consiguientes diferencias económicas; con los impuestos se mantiene la corte y sus continuas guerras (algunas fratricidas); la tierra pasa a pocas manos (en los primeros tiempos la tierra era del Señor); el culto idolátrico a los baales ocupa muchas veces el lugar del culto a Yahveh... A pesar de las denuncias continuas de los profetas el pueblo de Israel abandonó sus orígenes y caminó a su autodestrucción.

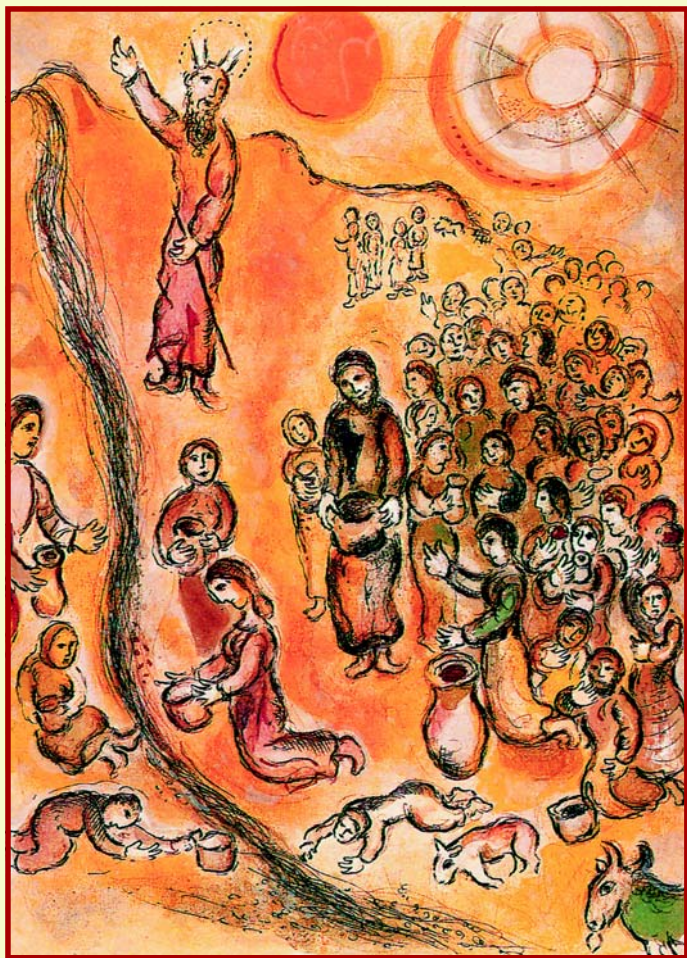
Final de una etapa... inicio de algo nuevo

Primero caería el reino del Norte, Israel (722 a.C.). El año 587 es el año fatídico en que son arrasados Jerusalén y el Templo, lugar de la presencia divina. Sedecías, el último rey descendiente de

*En el Sinaí
Yahveh hace
de aquellas
tribus pobres y
sin tierra un
«pueblo de su
propiedad»:
«Vosotros
seréis mi pueblo
y yo seré
vuestro Dios»
(Lev 26,12;
Jer 30,22)*

El Señor da las
tablas a Moisés.
Óleo y guasch de
Marc Chagall, 1931.





En este cuadro, Marc Chagall dramatiza la sed del pueblo que en Rafidín protestaba porque «no tenían agua para beber».

El Dios salvador es el Dios creador; a Él le pertenece la historia (orígenes del mundo, del ser humano, del pecado).

David, es llevado al exilio; con él desaparece la monarquía davídica para siempre. El Reino de Judá es eliminado del mapa. En adelante será una provincia que irá pasando de mano entre los grandes Imperios.

Sin embargo, de la catástrofe que supuso el exilio a todos los niveles, surgirá una nueva concepción del pueblo y del individuo. Hoy en día la mayor parte de estudiosos ven en él el origen tanto del judaísmo como la identidad del nuevo Israel, como de la misma Biblia. Los antiguos escritos que el pueblo conservaba y leía de forma parcial e irregular, pasarán a formar parte de un nuevo texto, esta vez paradigmático. El post-exilio es el gran momento de creación literaria de Israel. El exilio pasó de ser el fin de una cultura a ser un acontecimiento de vida gracias a la lectura de la historia que supieron hacer desde la fe: Dios no abandona a su pueblo, pero le pide que nazca de nuevo.

La importancia de la historia

El pueblo de Israel ha sido siempre consciente de la importancia de la historia: en ella actúa Dios y en ella desarrolla el hombre todas sus posibilidades. El hombre no puede construir su historia al margen de Dios. El futuro del pueblo depende de su obediencia y de su fidelidad.

Cada vez se ve con mayor claridad que en el origen de los textos bíblicos hay una necesidad de narrar la historia del pueblo. Una posibilidad plausible es que primero se escribió la historia del pueblo desde que tomó posesión de la tierra hasta que la perdió a manos de los babilonios («Historia deuteronomista»: Dt -2Re). Posteriormente se vio la necesidad de completar esta historia y dar las claves teológicas necesarias: somos un pueblo libre (Éxodo); la tierra es promesa de Dios a nuestros padres (relatos patriarcales); el Dios salvador es el Dios creador; a Él le pertenece la historia (orígenes del mundo, del ser humano, del pecado).

Mucho más difícil es llegar a un acuerdo sobre el cómo tuvo lugar el nacimiento de los primeros textos bíblicos. Está claro que en el Pentateuco convergen más de una tendencia. Una hipótesis nos habla de dos líneas literarias y teológicas distintas que llegaron a un acuerdo en época persa. Una sería la voz de la nobleza laica, de los ancianos de Israel. Su teología corresponde con la del libro del Deuteronomio. El centro lo ocupa la obediencia a la Alianza y la pertenencia exclusiva de Israel al Señor. Lo denominan «composición deuteronomista» (KD). El otro grupo sería la voz de las familias sacerdotales de Jerusalén. Su preocupación va más por la pureza ritual, por realizar un culto propicio en el Templo, por la legitimidad de las dinastías, por el orden establecido desde siempre por Dios. Estos mismos autores le llaman KP («composición sacerdotal»).

Otros son conscientes de esta doble línea de pensamiento teológico, pero prefieren hablar de «textos sacerdotales», mucho más claros en forma literaria y contenido teológico, y de otros textos calificados como «no sacerdotales», sin atreverse a precisar más.

Desde hace algunas décadas las seguridades que se tenían acerca del ori-



A la izquierda:
Mapa del territorio
de las doce tribus.

A la derecha:
Salomón dirige la
construcción del
templo. Miniatura
del s. XV. Montpe-
llier, Museo Atger.
Abajo:

«Los reyes venci-
dos». Miniatura.
Biblioteca real de
Turín. Cod. 136/
V. s. XIV.

gen y composición del Pentateuco, basado en la teoría de las cuatro fuentes de Wellhausen, han entrado en crisis. En la actualidad las distintas hipótesis se esfuerzan por hacerse un hueco en la aceptación crítica internacional. Sin duda, la gran aportación de los últimos estudios sobre el Pentateuco es verlo como una unidad, recuperar su carácter de narración de la historia de un pueblo con su Dios. La historia de la salvación de Israel que se actualiza en toda la humanidad y en todos los individuos que leen su vida desde Dios. ■



Vocabulario

- ⌘ **Sedecías:** Es el último rey de Judá y de la casa de David, que desaparece. A la caída de Jerusalén (587) es deportado a Babilonia donde muere. La monarquía asmonea (heredera de los Macabeos) no tiene relación con la monarquía davídica.
- ⌘ **Exilio:** También conocida como deportación de Babilonia (587-538 a.C.). Fue un golpe durísimo para el Reino de Judá. Perdieron la independencia política; desapareció la monarquía davídica; fue destruido el Templo construido por Salomón. Supuso un aldabonazo en la conciencia de Judá, que supo rehacerse de forma novedosa relejendo su propia historia.
- ⌘ **«Historia deuteronomista»:** El exegeta alemán Martin Noth (1948) cuestiona el «Pentateuco» como unidad: distingue entre el «Tetrateuco» (cuatro libros: Gén., Éx., Lev., Nm.) y la «Historia deuteronomista» (Dt-2Re), de la que el Deuteronomio sería la introducción teológica. El Deuteronomio tiene unas líneas teológicas claras, perfectamente distinguible de la otra línea, conocida como «sacerdotal». M. Noth aún acepta la teoría de las cuatro fuentes de Wellhausen (J,E,D y P).
- ⌘ **Las composiciones «deuteronomista» (KD) y «sacerdotal» (KP):** Supone un planteamiento novedoso. Para el exegeta Blum (1990) no hay que hablar de fuentes o documentos, sino de dos composiciones que recogieron y elaboraron tradiciones antiguas. Ambas son postexílicas: KD corresponde a la primera generación que vuelve de Babilonia; KP data de la época persa. El Pentateuco es el resultado de un compromiso entre las dos tendencias.

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

Objetivo:

Tomar conciencia de los dos momentos clave (Éxodo y Exilio) que articulan el Antiguo Testamento.

Propuestas de diálogo:

Uno del grupo puede narrar una experiencia (no tiene por qué ser personal) de opresión: cómo se llegó a esa situación, qué tensiones e injusticias crea, cómo reaccionan los interesados, qué salidas se ven.

2. Texto para orar: Is 49,7-16

Lectura del texto en voz alta. Conviene que todos tengan el mismo texto por escrito.

Preguntas:

¿A quién se dirige Dios? ¿Dios ha abandonado a su pueblo? ¿Cuál es la queja del pueblo?
¿Cuál es el mensaje de esperanza? ¿Qué razón da Dios para que su pueblo crea en su fidelidad?
En la actualidad ¿Ha abandonado Dios a su pueblo? ¿De qué esclavitudes tenemos que salir?
¿Tenemos motivos para creer en un futuro distinto?

Se lee de nuevo el texto de Isaías y puede hacerse eco de las frases que hayan impactado.

3. Oración

Mi oración es pobre, Señor,
y repito ante ti mis quejas:
El consumismo me tiene atrapado,
el rencor reaparece como un fantasma,
la comodidad me hace insensible,
la superficialidad agosta mi vida.
¿Cómo cambiar mi corazón
si no tengo tu gracia?
¿Cómo aceptar tu perdón
si me cuesta perdonar?
¿Cómo pensar en los demás
si el centro lo ocupo solo yo?
Pero tú me repites al oído, despacito,
como el susurro de una madre:
No temas, no estás abandonado:
te llevo grabado
en las palmas de mis manos.